

SOBRE EL ORIGEN DE LA DENOMINACIÓN “FLAMENCO” (IX)



Rafael Silva Martínez

Continuando con el estudio de la figura de Blas Infante, en lo que se refiere a su aportación a las teorías que intentaban aclarar la denominación de “Flamenco” para nuestro arte gitano-andaluz, en el número anterior ya recogíamos algunas críticas de nuestro insigne personaje a cantidad de autores, investigadores, compositores y musicólogos que se habían pronunciado anteriormente. Lo cierto es que sus críticas tuvieron múltiples destinatarios. Criticó también parte del documento que elaborara Don Manuel de Falla para los prolegómenos del Primer Concurso Nacional de Cante Jondo, celebrado en Granada en 1922. La mayoría de dichas críticas se referían a la consideración, por parte de dichos autores, de que las influencias extraflamencas comienzan a llegar antes de Al Andalus. Y como decíamos, en su tratado, dedica también varias páginas a la exposición de su teoría sobre el origen de la palabra “flamenco”. Esta teoría está bien basada y argumentada, pues tiene en cuenta un hecho que hoy en día consideramos fundamental, y que es el siguiente: sólo hasta mediados del siglo XIX la palabra “flamenco” se hace de uso generalizado, pero antes de dicha extensión, debió tener un uso reservado entre cierto colectivo marginal, constituido fundamentalmente por andaluces, moriscos y gitanos.



En este asunto, Blas Infante se enfrenta, sobre todo, a las teorías etimológicas defendidas por Felipe Pedrell, Julián Ribera, Francisco Asenjo Barbieri y Medina Azara, lamentándose de la poca seriedad con que

dichos autores parecen abordar el tema flamenco. Pero también arremete contra George Borrow, Demófilo, Schuchardt, Waldo Frank y otros. De manera resumida, podríamos decir que, para Blas Infante, la elaboración de lo flamenco fue obra de los andaluces derrotados o huidos en los montes de África y de España, entre quienes tenían una especial relevancia los moriscos. Como sabemos, existen infinidad de teorías (incluso podríamos dividir las en teorías principales y variantes de las mismas) para designar el origen de la palabra “flamenco”, pero si tuviéramos que hacer una primera y gran clasificación, las dividiríamos en aquéllas que sostienen su base argumental en la procedencia del vocablo sobre los cantores de Flandes, y otras que se alejan de este punto de vista. Blas Infante combatió sobre todo las primeras, pues eran en su época el grupo más homogéneo e importante, y aportó su propio punto de vista. Existen, de entrada, abonando la hipótesis de Blas Infante, un montón de testimonios que apuestan por la tesis de identidad entre flamenco y gitano: Julián Zugasti, Hugo Schuchardt, Carlos y Pedro Caba, etc. El mismo Blas Infante nos dice textualmente: *“...porque la investigación histórica viene a probar – ya lo hubimos de dejar demostrado—terminantemente que el nombre flamenco aparece, en el uso público o literario, durante el siglo XIX, y no aplicado, al principio, para denominar a los andaluces, sino, precisamente, a los gitanos”*.



Las tesis que avalan la procedencia germana del término empiezan a ponerse muy en duda, por la razón fundamental de que entre los hechos

históricos que motivaron la entrada en nuestro país de los flamencos de Flandes o los germanos de Alemania, a quienes supuestamente se confundía con nuestros flamencos, durante el reinado de Carlos I, y el momento en que comienza a haber constancia de que a los gitanos se les llamaba flamencos, hacia 1830 más o menos, mediaba demasiado tiempo, casi tres siglos de absoluto silencio. Blas Infante se interrogaba sobre esto en los siguientes términos: *“¿Cómo es que este nombre con contenido diferente de aquél con el que fue recibido por el léxico castellano no se hace de uso general hasta*

mediados del siglo XIX? ¿Cómo se viene a realizar este hecho, distante dos siglos aproximadamente de la época en que se perdió con Flandes la comunicación, cuando el nombre de flamenco ya no se usaba por el vulgo aplicado a los hombres o cosas de los Países Bajos, llamándosele (a esos hombres y cosas) belgas y holandeses? ¿Es posible que una palabra, cuyo recuerdo se ha esfumado por el vulgo, se venga a actualizar por el mismo vulgo que, precisamente por no recordarla, la llena con un nuevo sentido?”. No obstante, hay que decir que posteriormente, han surgido otras teorías que pueden explicar este hecho, aún teniendo que salvar algunas distancias, como es la defendida por Ángel Álvarez Caballero, y que sostiene su base argumental en el peso del proceso histórico de colonización y repoblación que se dio en Andalucía durante el reinado de Carlos III (1767), operación que se designó como Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, y que ya hemos abordado en números anteriores de nuestra revista.

Pero volviendo a Blas Infante, sincera y profundamente convencido de que el secreto del cante jondo se hallaba en lo morisco, volcó en torno a esta idea toda su capacidad de argumentación y convencimiento, y elaboró una teoría tan apasionada, como lo fue todo su ideario político. Para él, los moriscos eran *“estos andaluces fieramente perseguidos, refugiados en las cuevas, lanzados de su Sociedad española (...). Estos atomizados de la Sociedad andaluza, fermentos inorgánicos de una perdida nacionalidad (...) los últimos descendientes de los hombres venidos de las culturas más bellas del mundo”*. Eran los campesinos huidos, lo que en árabe creía Infante que se traducía por *felah mengu* (en otros textos figuran variantes como *fellah-mangu*, *felanikum*, *flahencou*, etc.). Y entonces, Blas Infante apostó por la idea de que los moriscos se habían unido, para defenderse, a las bandas de gitanos errantes y perseguidos por todos los sitios, y de ello la dificultad de distinguir a veces a unos de otros, puesto que históricamente se les ha confundido con frecuencia. El nombre de *flamenco* aplicado al cante no se habría usado en la literatura española hasta el siglo XIX porque era de origen morisco, y en palabras de nuestro personaje: *“un nominador árábigo tenía que ser perseguido al llegar a denunciar al grupo de hombres, heterodoxos a la ley del Estado, que con ese nombre se amparaba”*. A partir de entonces, según Blas Infante, comienza la

elaboración de lo flamenco por los andaluces derrotados o huidos en los montes de África y de España: *“Esos hombres conservaban la música de la Patria, y esa música les sirvió para analizar su pena y para afirmar su espíritu”*. De ahí que podamos concluir en la supradimensión del fenómeno flamenco, asociado a toda una cultura y una idiosincrasia propias del pueblo andaluz.

Toda esta apasionada y valiente teoría convenció a muchos autores, y sigue teniendo muchos adeptos. Por ejemplo, en palabras de López Perea: *“La verdad es que en árabe fellah mengo quiere decir campesino pobre, y que son esos campesinos pobres, de perfil oriental, quienes cultivan el cante flamenco (...). Esos campesinos pobres, con su guitarra oriental –la guitarra viene de Persia--, se llaman flamencos a sí mismos, integrando en dicha denominación una manera física de ser, un estilo de vida y un arte, todo ello junto, lo que sucede sólo en las más viejas formas de cultura.”* Pues bien, fue Paco Vallecillo quien invalidó dicho origen etimológico, apoyado por otros filólogos y estudiosos del mundo y de la lengua árabes, al no encontrar similitud entre ninguna voz o mezcla de voces, que pudieran asimilarse a la expresada por Blas Infante.

Insiste también Blas Infante a lo largo de toda su obra en la necesidad de considerar “popular” al arte flamenco, en contra de lo que algunos autores anteriores, capitaneados por Demófilo, habían afirmado. Refuta varias conclusiones de las que dichos autores manifiestan, basándose en que el grado de popularidad de un hecho cultural (en este caso, musical) no se basa sólo en el grado de conocimiento profundo que el pueblo tenga de dicha manifestación artística, sino en el grado de apoyo, comprensión e identificación con dicho fenómeno. Y concluye con la siguiente frase: *“La música será siempre popular cuando venga a ser reflejo de la raza; expansión lírica del alma de todos”*. En fin, podemos concluir que Blas Infante sentó definitivamente las bases de cómo se debe afrontar un estudio de investigación serio sobre el flamenco, perfilando las directrices de cómo llevar a cabo dicho estudio, no perdiendo nunca el norte de que se trata de un fenómeno cultural que estigmatiza a un pueblo, pues forma parte de su acervo histórico. Continuaremos en nuestro siguiente número.